

El hombre y el viaje. Hacia una reflexión ontológica del turismo.

María José Fernández Aldecoa*

Viajar representa la acción *sine qua non* del fenómeno turístico. Si bien algunos estudiosos del tema ven la necesidad de teorizar más respecto al viaje y su significado esencial (Leed, 1992), muy pocos han abordado este concepto desde una perspectiva ontológica, es decir, en el plano metafísico de las categorías. Estos apuntes pretenden ser una modesta aportación a ese tipo de reflexiones, tratando de no alejarnos mucho del terreno de lo real; de ahí que nos enfoquemos a la literatura del viaje y la antropología.

¿Qué significa viajar? ¿Qué significado tiene el viaje para los seres humanos? ¿Es el acto de viajar una actividad exclusivamente humana? ¿Es el hombre un ser viajero por naturaleza, o lo es por motivos sociales?

Viajar es en esencia un movimiento. Significa moverse hacia otro lugar, ir en busca de otros paisajes, otras personas, otros ambientes, otras situaciones. En un sentido básico, viajar significa *ir al Otro*. Asimismo, detrás del acto de viajar se encuentra una intención: la búsqueda. Viajando, *buscamos* algo de lo que carecemos en nuestra vida cotidiana, en nuestro lugar de residencia permanente y con la gente que habitualmente tratamos.

La frecuencia con la que se viaja influye en la naturaleza de la búsqueda; así, quienes viajamos de manera esporádica y para buscar, por ejemplo, la libertad de la que nos vemos privados en nuestras vidas diarias, buscaremos a través del

viaje sensaciones o estados anímicos como la alegría, la apacibilidad o la euforia. La literatura del *new age* podría llamarlo la búsqueda de la espiritualidad o de la *energetización*. Quienes hacemos un viaje como una pausa en nuestra rutina, estaremos buscando en esencia algo espiritual; quizá sea la búsqueda de la libertad (que es, antes que una situación externa, una condición emocional del sujeto).¹ En cambio, quienes hacen el viaje precisamente como parte de una rutina, van en busca de algo material más que espiritual: vender productos, transportar gente, cobrar dinero, supervisar obras, firmar contratos comerciales o acuerdo políticos, negociar con diplomáticos, etcétera.

El turista moderno, un viajero, combina ambos tipos de búsqueda. Así, pese a que busca algo material como poblaciones y ciudades, playas, climas, gente y ambientes culturales, obras de arte, es decir, todo lo que significa su Otro, en el fondo busca a través de lo material alcanzar un estado espiritual que significa su Otra parte de sí mismo, aquella que va perdiendo a lo largo de su vida ordinaria. Como dice Sergio Ponterio Vitale (1991), tratando de ubicar el aspecto creativo y humano del turismo: el turista busca un reencuentro con el *self* (sí mismo) y con sus congéneres.

Así, en términos esenciales, *viajar* quiere decir: *moverse en busca de aquello Otro espiritual y/o material*.

Desde tiempos prehistóricos, los hombres tuvieron que desplazarse en busca de otros climas, en busca de otras tierras, siguiendo la huella de sus presas. Como muchas especies de animales que hasta la fecha tienen que desplazarse con la llegada del invierno y de la primavera, así también los mamíferos homínidos, incluyendo al *Homo Sapiens*, tuvieron que llevar a cabo este desplazamiento. Estos fueron los primeros viajes y su motivación era de carácter básico: la sobrevivencia. Entonces el viaje era parte de un acto natural, casi tan instintivo como la reproducción de la especie.

* Profesora-Investigadora. Universidad del Mar. Titular de las materias Sociología y Antropología del Turismo.

¹ El autor italiano Sergio Ponterio Vitale, señala al respecto que el turismo moderno se origina de una necesidad masiva de libertad.

Pero si en un principio el viaje tuvo una motivación natural e instintiva, de supervivencia física, posteriormente el viaje espiritual y cultural toma gran importancia para el hombre: bastan ver las tumbas funerarias encontradas por los arqueólogos, donde junto al esqueleto humano se hallan objetos (y hasta restos de otras personas y animales) que se supone acompañarían al muerto en su viaje a lo desconocido, en su viaje a ultratumba.

Pero no sólo los muertos hacen su viaje espiritual; conforme las primeras civilizaciones evolucionan, la necesidad de realizar un viaje con fines espirituales (religiosos, básicamente) se vuelve una constante entre los pobladores. Así, por ejemplo, desde épocas inmemoriales son famosas algunas peregrinaciones como la de los musulmanes a la Meca, en Arabia Saudita, o los cristianos a Santiago de Compostela, en España. También los viajes tumultuosos a las ciudades de Olimpia, Delfos, Corintio y Nemea, en la Antigua Grecia, además de un sentido religioso tenían un sentido estético y festivo, espiritual: gozar la belleza, la fuerza y la agilidad de los cuerpos de los atletas, aspecto muy importante en la cultura helénica.

En la actualidad, el hecho de viajar permite enfrentar muchas enfermedades de carácter psicológico resultado del estrés de la vida cotidiana. Con el viaje también buscamos algún "remedio" espiritual para aliviar el "alma".

Muchos escritores de la antigüedad y de la época moderna, han tenido como inspiración sus viajes. Carlos Fuentes (1995), escritor mexicano, nos dice que "el viaje es el movimiento original de la literatura", que hay una identificación entre el viaje y el lenguaje. Esto no es nada raro; después de regresar de un viaje, es casi seguro que los viajeros van a narrar sus experiencias; van a describir los lugares y las gentes conocidas; van a usar el lenguaje oral, y quizá el escrito, para describir aquel *Otro* que se encontró después de la búsqueda que implica viajar.

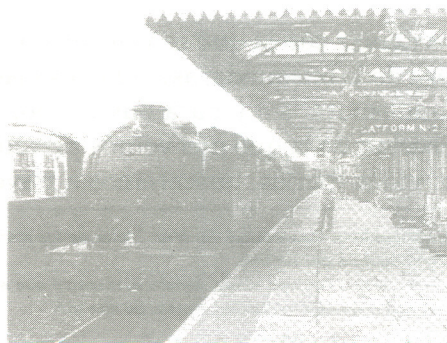
"...El viaje y la narrativa son gemelos porque ambos suponen un desplazamiento, es decir, un abandono de la plaza, o sea, un adiós al lugar

común, para adentrarnos en los territorios del riesgo, la aventura, el descubrimiento, lo insólito."

Nosotros podríamos agregar que la literatura también ha sido el punto de partida para que muchos lectores, viajeros imaginarios, se sientan fuertemente motivados a realizar un viaje físico a los lugares descritos en narraciones literarias. Y no sólo el lenguaje escrito puede tener este impacto. En la actualidad, el cine, los programas televisados y, recientemente, el Internet, pueden provocar un gran impulso en la gente para realizar un viaje en busca de ese lugar idealizado. Así, por sólo citar un ejemplo, después del éxito mundial de una telenovela brasileña, miles de personas sueñan ahora ya no con viajar a Río de Janeiro o el Amazonas, sino con conocer los pantanales del inmenso territorio del Mato Grosso, por su belleza y biodiversidad.

Es el mismo Carlos Fuentes quien nos introduce al género de la literatura del viaje, a través del escritor inglés Bruce Chatwin. Una Navidad, Chatwin despertó y se percató de que había quedado completamente ciego. Su médico, una vez comprobado que no se trataba de nada orgánico, le recomendó un viaje a Sudán, para reponerse de lo que parecía ser una crisis nerviosa y vocacional. Se quedó en aquel país africano más de cuatro meses y, de alguna manera, nunca más volvió. Su pasión por los viajes y su enorme talento literario -sólo comparables a su extraordinaria imaginación- han dejado algunas de las páginas más inteligentes y conmovedoras de la literatura contemporánea.

El viaje como una cura. El ejemplo del narrador viajero nos muestra cómo incluso la ciencia mé-



dica ve al viaje como un remedio, como una *medicina espiritual* contra las enfermedades, y no sólo las físicas sino también las del “alma”, las de la psique. El viaje, pues, “sana”, alivia el cuerpo y el espíritu. Y no sólo eso. Puede inyectar energía creadora al viajero, puede ser una experiencia tan intensa que éste tenga la urgencia de decir algo al regreso de su viaje. Esta necesidad de contar sobre un viaje se plasma no sólo a través de la literatura, también a través de la pintura, la música e incluso del cine. “Lo que nos consuela de nuestras miserias es el movimiento, la diversión», decía Pascal en el siglo XVII.

El viaje como un instinto. Chatwin viajó a la Patagonia, al sur de la Argentina; también se internó en el subcontinente australiano. Ahí, observó las tribus errantes de Australia y - a partir de esta experiencia - desarrolló una “filosofía del nómada”, cuya tesis central sostiene que la profunda insatisfacción del hombre contemporáneo acaso responde a su intento de cancelar uno de sus instintos más profundos: el de migrar con las estaciones. El hombre moderno, dice Chatwin, mantiene insatisfecha su curiosidad porque se ha vuelto sedentario. Llega a decir que «el hombre que se queda quieto en una habitación con los postigos cerrados corre peligro de volverse loco, de ser torturado por las alucinaciones y la introspección».

Chatwin afirma que la vida normal es la vida nómada y no la vida sedentaria. Dice que “vagabundear es una característica humana heredada genéticamente de los primates vegetarianos» y que la necesidad emotiva de una «base» proviene de nuestro costado carnívoro.

Por otra parte, hay una pregunta que resuena en toda su obra: ¿es la civilización algo natural? En su artículo «La alternativa nómada», de 1970, le da la palabra al filósofo griego Diógenes el Cínico, quien 300 años antes de Cristo señaló: «Los hombres se agruparon por primera vez en ciudades para huir de la furia de los de afuera». Es decir, los hombres se vieron *forzados* a crear civilizaciones basadas en el sedentarismo. El lado sedentario del hombre es, pues, anti-natural. Chatwin propone el movimiento contrario, ir hacia afuera, hacia el estado natural del hombre: ir

hacia la furia, hacia la aventura; las ciudades son meros trampolines de los que quieren lanzarse sobre lo desconocido, decía.

«El viaje no sólo ensancha la mente, la conforma», insiste Chatwin en su artículo «Es un mundo nómada», también del año 70. Otro de sus guías lo es Montaigne, para quien el viaje es un «ejercicio útil... No hay afirmaciones que me asombren, ni creencias que me ofendan, por muy opuestas que sean a las mías propias». Por supuesto que ese cosmopolitismo lo dan sólo los viajes, remataría Montaigne. No por casualidad en la creencia popular moderna (y en la aristocrática del siglo pasado), se afirma con convicción que “los viajes ilustran”, dan *mundo* a la gente, la hacen más tolerante y diplomática, etcétera.

Viajar como ritual. Es en Australia donde Chatwin conoció la mitología de las tribus nómadas. Según ésta, los dioses, caminando y cantando, crearon al mundo. Así, caminar es una práctica religiosa, es un ritual. No son nada despreciables estas ideas de los indígenas australianos, pues inevitablemente nos recuerdan las procesiones religiosas donde tradicionalmente el viaje se hace caminando. También evoca algunos pasajes de la Biblia con gran simbolismo que hablan de viajes: la fuga de los israelitas de Egipto (escape de la esclavitud); el viaje de la familia sagrada después de nacido Jesús (escape de la muerte); el viaje de 40 días de Jesús (viaje de meditación). Tampoco debemos olvidar el enorme simbolismo que para las culturas mesoamericanas tiene el hecho de caminar: desplazarse hacia lo desconocido, hacia las tierras prometidas. Los aztecas, que viajaron caminando años desde la mítica isla de Aztlán en busca de una señal (el águila devorando una serpiente), es el ejemplo más claro de este andar, de este viaje como ritual mitológico.

¿Es el turismo moderno una forma de ritual sagrado? ¿Es una forma de recordar esos viajes de la antigüedad con fines rituales, para buscar aquello espiritual que se nos ha perdido? ¿Es el viaje de vacaciones una forma de escapar de esta vida sedentaria, artificialmente impuesta a la naturaleza de los seres humanos y volver a la vida “normal” del movimiento, la búsqueda, la aventura, lo desconocido, el nómada?

¿Somos por naturaleza nómadas o sedentarios?

Para responder a esta pregunta, el historiador y arqueólogo inglés V. Gordon Childe (1981) señala que hace aproximadamente 25 mil años, cuando termina la última glaciación y el clima es más cálido, surgen los hombres de nuestra especie en Europa central, el norte de África y en el cercano Oriente. Ya en el paleolítico superior, los hombres modernos han desarrollado incluso herramientas como el arco y el lanzador de venablos. Los conocimientos se han acumulado y se han hecho mejores aplicaciones. Estos primeros hombres eran cazadores y debido a ello observaron que las manadas de mamuts, bisontes y caballos salvajes, emigraban de los pastos de verano de Siberia a los pastos de Europa central. A partir de este conocimiento, «...establecían sus campamentos en los pasos a través de las montañas cubiertas de nieve, por los cuales hacían su recorrido las manadas... la inteligente localización de dichos campamentos demuestra la aplicación de un (detallado) conocimiento. Los excavadores rusos han descubierto que los cazadores erigían importantes habitaciones semi-subterráneas para vivir.»

Gordon Childe señala, pues, que a pesar de ser cazadores y recolectores de alimentos, estos grupos de humanos de la prehistoria no eran necesariamente nómadas. Señala que las laderas de los valles en el actual territorio de Francia están llenas de "habitaciones". "Dejaron de ser nómadas sin hogar...". Incluso, hasta hace poco, algunas tribus como los kwakiutl de Columbia Británica, en Canadá, vivían en casas de madera agrupadas en poblaciones permanentes a pesar de que su economía era de tipo "paleolítico". Aunque es en el centro de Europa donde se desarrolló una rica cultura del paleolítico superior, gracias a que los hombres se adaptaron con éxito al clima frío y aprovecharon el tránsito de las manadas desde una cómoda posición (en sus cavernas con fuego, pieles, etc.), no es en Europa donde se da la Revolución Neolítica o de la Nueva Edad de Piedra.

"Al terminar la última Edad de Hielo, cuando los bosques invadieron las antiguas estepas y la

tundra, desalojando a las manadas de mamuts, bisontes, caballos y renos de Francia, decayó la cultura basada en la caza de estos animales...es concebible que, desde la época de los cazadores auriñacienses y magdalenenses en Europa, ya existían tribus en otros continentes que habían comenzado a cultivar plantas y a criar animales."

El gran paso que revolucionó a la especie humana y que se ha llamado Revolución Neolítica, consistió en el tránsito de una economía basada exclusivamente en la caza y la recolección a una economía de productores de alimentos: "La primera revolución que transformó la economía humana dió al hombre el control sobre su propio abastecimiento de alimentos." Así, se cree que el cultivo de cereales se inició en Palestina o cerca de allí. En cuanto al tema que nos interesa, Gordon Childe es bastante claro. No debemos dejarnos guiar por los determinismos simplistas que califican como nómadas a los grupos cazadores recolectores y que, con la Revolución Neolítica, volvieron a los humanos automáticamente sedentarios.

"No debe confundirse la adopción de la agricultura con la adopción de una vida sedentaria...En el siglo pasado, las tribus cazadoras y pescadoras de las costas del Canadá, en el Pacífico, poseían aldeas permanentes con casas de maderas importantes, adornadas y casi lujosas. Los magdalenenses de Francia ocupaban, ciertamente, la misma caverna, durante la Edad de Hielo, por varias generaciones. Por otro lado, algunos procedimientos de cultivo imponen una especie de nomadismo entre quienes los practican."

Uno de estos métodos de cultivo, quizá el más primitivo, es el cultivo nómada hortense. Lo que

